

LA ESPIGA Y LA VIDA

La misión de la espiga no es ser el lugar definitivo para la semilla. Cada semilla debe asumir la vida de una manera tan suya y personal, que pueda vivirla independientemente de la espiga en la que maduró.

Toda semilla que quiera cumplir con su vocación de vida, y con su misión por los demás, debe aceptar ser desgranada.

Sólo si ha asumido su vida en plenitud y de una manera personal, será capaz de seguir viviendo después de la desgranada. Y así podrá incorporarse al gran ciclo de la siembra nueva.

Si su vida es auténtica y acepta hundirse en el surco de la tierra fértil, su lento germinar en el silencio aportará al sembrado nuevo una planta absolutamente única, pero que unida a las demás, formará el maizal nuevo.

No es el maizal el que da valor a la identidad de las plantas. Es el valor irremplazable de cada planta en su riqueza y fecundidad lo que valoriza al maizal.

No es la Comunidad nueva la que creará hombres nuevos. Son los hombres nuevos quienes formarán la nueva Comunidad.

Mamerto Menapace osb